

## El "estilista" , de Inmaculada Ruiz de Julián

Entré en aquella peluquería de mi barrio sin saber que acababa de cometer un gravísimo error: el dueño no era un peluquero, era "estilista". Muchas sabréis a lo que me refiero.

- Buenas, vengo a cortarme las puntas.

Lo típico, a lo que vamos todas y lo que no nos hacen a ninguna.

Un rápido vistazo a mi cabellera y... el cruel diagnóstico:

- Tienes muy poco volumen, necesitas urgentemente un ahuecador. Para darte cuerpo.

Un momento, cuerpo yo ya tengo!!!! Ahora, un poco de volumen melenil no me vendría mal.

- Qué es un ahuecador?

- Pues es como un moldeador, pero menos agresivo. Mira, ella lo lleva.

Ella es su ayudante y, efectivamente, luce una melena morena, reluciente y toda voluminosa, casi por el culo.

- Ah, bueno, pues si se me va a quedar así... fale. Pero que yo no quiero el pelo rizado, eh???????

Noto su indignación a través del espejo:

- Porfavorrrrrrrrrrrr!!!! Yo... soy un estilista. Déjate en mis manos.

Me pongo en manos de mi estilista, plan modelazo y tal. No sé, me hace ilusión lo de tener un estilista auténtico y que me vaya a hacer un ahuecador como el que lleva su ayudante, ésta ya simplemente peluquera sin graduación.

Pues una vez puesta en sus estilísticas manos, mando a la calle a mis dos hijos, a la sazón de 6 y 4 años respectivamente, y me paso las siguiente tres horas tres!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!! , que se dice pronto, saliendo a la calle con la cabeza envuelta en bigudíes a intentar evitar que destrocen a balonazos el escaparate de la peluquería del estilista, que además y para más inri, es de cristales transparentes, o sea, que todo el barrio ha pasado y me ha visto envuelta en el rulaje que me transportará a mi nuevo look.

Prefiero no pensarlo, mientras me entretengo leyendo revistas y escuchando al estilista contar la última boda gay en la que estuvo, que por lo visto fue un desastre, fatalmente organizada. Si él se casara iría por supuesto a otros organizadores.

Venga, voy a ser buena y os voy a ahorrar el exhaustivo relato de esas tres interminables horas de quemazón capilar y heroica lucha para salvar el escaparate de mi estilista, y pasaré directamente a la retirada de bigudíes.

-No mires no mires no mires!!!!!!!!!!!!!!!!!! Es una sorpresa! - Dice mi estilista.

Procede a quitarme los bigudíes y, antes de tener ocasión de mirarme en el espejo, empuja mi cabeza hacia adelante y me la planta en mi propia entrepierna. Luego agarra enérgicamente el secador de pelo y así, boca abajo como estoy, me lo seca mientras sacude mi melena frenéticamente con la otra mano. Cuando ya está to el pelo seco, ordena triunfante:

- Levanta la cabeza y mírate!

Tachán tachán!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

Una pequeña lágrima escapa indiscreta de mi ojo izquierdo al verme en el espejo. Intento evitarlo, pero...

Sabéis quién es Donna Summer, verdad? Y Diana Ross????????????????? Bueno, pos algo así... pero en mujer blanca. O sea...

A todo esto ya mi hija mayor se había llevado a los kaleborrikos a casa y podía dejar que mi solitaria lágrima se deslizara tranquilamente por un lado de mi nariz y convergiera con los mocos que también se iban concentrando, de tanta pena, en la entrada de mis orificios nasales. Ya sabéis que el moco líquido es el acompañante inevitable de cualquier pena.

- No parece que te guste mucho - Me dice mi estilista, con esa sabiduría ancestral que tienen todos los estilistas.

Intento sobreponerme y articular palabra.

- Bueno, tengo que acostumbrarme.

Él, con esa profesionalidad innata de todo estilista que se precie, intenta animarme.

- Venga, hasta que te acostumbres, vamos a hacer algo para amortiguar el impacto.

Yo sonrío agradecida y esperanzada en sus sabios conocimientos. Por favor, sí, haz algo.

Entonces me estruja toda la escarola que me había montado y me la pega al cuero cabelludo y agarra un recipiente con horquillas, que me va colocando estratégicamente en mitad de la cabeza de manera que el pelo se me queda pegado a la cabeza desde la frente hasta poco más de la mitad. Y desde ahí, ya sí, parte la escarola hasta el final.

Yo a todo esto con los ojos cerrados, porque quería prepararme psicológicamente para lo que estuviera por venir, tanto bueno como malo, y sobre todo evitar que mi lacrimal volviera a actuar con independencia de mi voluntad.

Por fin termina y mi estilista me dice ilusionado:

-Venga, abre los ojos!!!!

Bueno, os acordáis de Betty Missiego, no? La de Eurovisión. Sí, ésa.

Pos igual.

Esta vez a mi ojo izquierdo se le unió el derecho y mis lacrimales se desfogaron a su antojo. Y la velocidad a la que mis lágrimas emulsionaban con mis mocos se aceleró ostensiblemente.

Él, con su aroma de estilista perceptivo, se dio cuenta:

- No me digas que no te gussssssssstta!!!!!!! Pero si estás genial!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!! Señora, a que está estupenda???????????????

Esto se lo pregunta a la vecina de silla, que dicho sea de paso, también está pa matarla con los rulos.

Yo, sinceramente, a la mujer no la veo muy convencida, pero aún así, creo que le doy penilla. Tal vez alguna vez le haya pasado algo similar. El caso es que dice:

- Pero si estás muy guapa!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!! A tu edad se está guapa con tó!

A mi vecina le calculo por lo bajini unos 88.

Yo realmente ya veía que no iba a poder aguantar mucho más sin estallar en un llanto incontrolado e incontrolable. Me faltaba una mijilla nada más, y por señas, que era lo único que podía hacer, puesto que era incapaz de articular palabra, le pedí al estilista la cuenta. Alcé una mano e hice como que escribía sobre la palma de la otra, un gesto muy internacional de amplia aceptación que él también entendió sin dificultad.

Con paso cansino y derrotado, me acerco a la caja.

- Qué te debo?

- 80 euros.

Ni esas lágrimas ya eran lágrimas ni esos mocos eran mocos. Ni los klinex podían ya lidiar con esa profusión líquida. El caso es que todo se precipitó y ya entre lágrimas libertarias derramándose sin obstáculos salí de allí, no sin antes ser advertida por mi estilista de que no debía lavarme la cabeza en al menos siete días... si quería conservar mi recién conquistada voluminosidad capilar.

Salí de la peluquería intentando camuflarme con la vegetación de mi barrio haciéndome pasar por una escarola. Tuve suerte y nadie me descubrió ni intentó interceptarme; afortunadamente era la hora de la

cena.

## EL ESTILISTA (monólogo)

La crisis estalló al entrar en mi casa y pasar por el comedor. Mis tres hijos, tres sentados a la mesa me miraron, al principio sin dar crédito, y después con entusiasmo y risueño regocijo. Vamos, resumiendo y traduciendo para el vil populacho, que estallaron en sonoras y estruendosas carcajadas.

- Mamáaaaaaaaaaaaaa, juasjuasjuasssssssssssssssssssssssssssss!!!!!!! Wawwwwwwwwwwwwwwwwwwwww, mamáaaaaaaaaaaaaa!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

Yo ni siquiera era capaz de reñirles porque aún me quedaba la lucidez suficiente como para comprender que si yo hubiera estado en su lugar, las carcajadas hubieran llegado hasta cibartapol. En fin, si yo les he enseñado que la risa es buena, sana y natural, no puedo reprocharles que se descojonen vivos si yo salgo de la peluquería con una lechuga en la cabeza. La coherencia personal es así. Aunque, lo confieso, las ganas de soltar un par de hostias por cabeza no me faltaron en aquel momento, si bien mis prisas por llegar al baño eran mucho más urgentes.

Siete días me dijo mi estilista que debía estar sin lavarme el pelo para conservar mi costoso peinado y siete fueron las veces exactas que yo me lavé la cabeza aquella noche para destruir la obra de arte que el estilista había obrado en mí. Un bote entero de champú y otro de acondicionador consiguieron el milagro de reducir mi voluminosidad capilar a la mitad, aunque aún tardé un año más en conseguir que mi pelo volviera a juntarse con mi cuero cabelludo sin necesidad de aplastarlo con ninguna clase de aditamento capilar.

A los siete lavados por fin salí con una toalla liada alrededor de la cabeza. No salí por propia voluntad, no. Salí porque mi contrario, que andaba de viaje por esos mundos de dios, había llamado y solicitaba mi presencia al otro lado del teléfono. Lo único que pude articular fueron las primeras palabras: "No te puedes imaginar lo que me han hecho, buaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa", porque a partir de ahí empecé a gemir, sollozar e hipar y él sólo consiguió enterarse de mi drama personal cuando le pasé el teléfono a mi hija y ya ella le contó los motivos de mi desazón. Luego me volvió a pasar el teléfono.

Mi contra me dijo que nada, que tú estás guapa de tos maneras, que seguro que no es pa tanto, quieres mu exagerá, que anda, tonta, no te lo tomes así, que si tal que si cual, pero a mí nada me consolaba. "Es que tú no sabes lo que me han heeerocho. Hasta los niños se han escojonao. Buaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa" . Bueno, lo que es un llanto inconsolable de toda la vida de dios.

En fin, termino. Que me tiré más de un año con el pelo recogido, pinza va pinza viene, y que no solté mi melena en todo ese tiempo. Y que jamás volví ni siquiera a pasar por la misma acera en la que estaba la peluquería del estilista. Soporté aquella terrible humillación estética con entereza y al cabo de un par de años ya no quedaba ni rastro de aquella masacre capilar.

Y desde entonces mi solidaridad con el colectivo de personas perjudicadas por la mano de un estilista es total e irrevocable. Yo puedo entenderos, yo puedo consolaros y, sobre todo, yo puedo deciros cómo hacer para que una catástrofe estilística no destruya vuestras vidas.

Inma Ruiz de Julián